
EL ULTIMO
SITIO DE GUADALAJARA.

(Al Sr. Lic. D. Luis C. Curiel).

I.

GUADALAJARA, la populosa capital del Estado de Jalisco, el más poderoso de la confederación mexicana puesto que cuenta con un millón de habitantes; perla escondida en los confines de Occidente; emporio de ilustración y cuna de muchos hombres eminentes; es considerada por todos, exceptuando los hijos de la invicta Puebla que le disputan la supremacía sobre su heroica ciudad, como la segunda capital de la República.

Al descubrirla á lo lejos majestuosamente reclinada en un extenso valle, la maravillada vista se recrea

con el más risueño panorama que le es dado contemplar, acudiendo luego á la imaginación el recuerdo de las poéticas ciudades que los árabes dejaron, á su pesar, en la para ellos inolvidable tierra de España.

Sobre aquel mar de casas pintadas de claros y vivos colores, se ven sobresalir, como las arboladuras de cien buques, sus formidables y numerosas torres que en épocas no lejanas sirvieron á los partidos contendientes de inexpugnables baluartes.

La risueña capital posee numerosos edificios que por su elegante construcción pueden competir con los de las ciudades más cultas. Entre estos se cuenta su Penitenciaría que ocupa una vasta extensión y se halla situada en los suburbios de la ciudad; el magnífico hospital de Belém, mandado construir por el virtuosísimo Obispo Alcalde; el gran teatro Degollago, donde dejó marcadas sus luminosas huellas el fecundo génio del artista que lo construyó, el inmortal Jacobo Galvez, y el Hospicio, obra verdaderamente monumental.

Posee además profusión de baños de agua purísima, pintorescos paseos y gran número de jardines y huertos que la envuelven en un manto de aterciopelado verdor.

Guadalajara ha sido descrita por pluma maestra y nada podemos añadir á esa elegante descripción; pero el ilustrado escritor (1) la pintó como la vieron sus ojos de viajero y poeta, nosotros la recordamos con

(1) Ignacio M. Altamirano en una novela intitulada "Clemencia."

los afectos tiernos y dulcísimos del corazón. Allí se pasó nuestra niñez y bajo su esplendente cielo siempre sereno y puro, nacieron nuestras primeras doradas ilusiones y tomaron forma y color nuestros ensueños juveniles.

Allí aprendimos á amar y á sufrir, á libar el dulce néctar de las flores como á apurar el amargo acibar que brinda el infortunio.

Por eso jamás la olvidamos en nuestra peregrinación por las lejanas tierras donde nos ha empujado nuestro infausto destino.

Por eso la queremos como la madre cariñosa á quien podremos dejar de ver, pero cuya gratísima imagen nunca nos abandona.

Cuando nos transportamos á los felices días que allí trascurrieron para nosotros, el alma siente indefinibles goces.

¡Cuántas veces vagamos por sus frondosos huertos ó en sus pintorescos alrededores, soñando en un mundo que no hemos encontrado y acariciando quimeras que como el humo se desvanecieron!

¡Cuán inmensa felicidad sentíamos cuando al volver de un corto viaje descubríamos desde lejos los altísimos conos amarillentos de su catedral y brillando á los rayos del sol, cual si fueran de oro bruñido, las dos grandes cruces que los rematan!

¡Cuán bella y poética nos parecía la gigantesca cúpula del Hospicio, cuando á la hora del crepúsculo vespertino la divisábamos desde la cercana alameda.

destacarse en el fondo color de esmeralda de los árboles, semejante á un inmenso segmento de esfera y como suspendida en el aire por génius invisibles!

Cuando pensamos que allí vivimos en un risueño mundo de esperanzas; que allí soñamos con la candidez propia de los primeros años de la juventud, en la existencia de la amistad sincera y del amor puro y desinteresado, y comparamos aquel pasado risueño con nuestro presente, frío como la realidad y amargo como el desengaño no olvidamos, no, aquella tierra cuna de nuestras primeras ilusiones.

II.

El día 26 de Septiembre de 1860, el ejército constitucionalista al mando del General D. Jesús Gonzalez Ortega se acercaba á la plaza de Guadalajara, donde el General reaccionario D. Severo del Castillo se había fortificado.

Aquella ciudad había sido siempre el palenque donde en último resultado se dirimía la eterna cuestión entre "liberales" y "conservadores." Así como el Estado de Jalisco era casi siempre el foco de donde partían los rayos de la revolución para difundirse después por todo el país, cuya circunstancia hacía que los movimientos allí iniciados fuesen siempre temibles, así Guadalajara era escogida como el más estratégico campo

de batalla, como el lugar de refugio donde se guarecían los más débiles contra los más fuertes.

Y por cierto que su situación topográfica, la abundancia de sus recursos y las macizas construcciones de sus templos que parecían haber sido hechos, más que para adorar á un Dios de paz, para matar fácilmente á los enemigos, prestábanse admirablemente á ello.

El cerco que esta vez iba á ponerse en la plaza, no era pues el primero; ya en años anteriores y con intervalos no muy largos había sufrido otros la ciudad, acaeciendo un hecho singular y era, que en casi todos ellos los conservadores eran los sitiados y los liberales los sitiadores, y, en la mayor parte el jefe sitiador era D. Santos Degollado; el abogado que trocara la toga por la espada, el infatigable organizador que, hoy derrotado, aparecía mañana al frente de un nuevo y formidable ejército.

En esta ocasión, el General Degollado operaba por otros rumbos, por lo que no concurrió al sitio.

Como el perímetro de la ciudad es bastante extenso, se habrían necesitado muchas tropas para cubrirlo; en consecuencia el recinto fortificado se redujo á unas cuatro ó cinco cuadras más allá de la plaza de armas; pero dejando fuera de él algunos puntos guarnecidos que operaban en combinación con la fuerza de adentro. Estos puntos eran los templos de San Francisco, Santo Domingo, San Felipe y el convento del Carmen, posiciones formidables que por ningún motivo convenía dejar en poder del enemigo.

El ejército sitiador, por su parte, ocupó sin ninguna resistencia los barrios lejanos del centro de la ciudad, y tomando posiciones, alojó sus tropas en la Penitenciaría, Santuario de Guadalupe, Hospital de Belém, San Juan de Dios, Hospicio y Mexicalcingo.

Estos puntos servían de base de operaciones y, en caso de ser atacados, de ventajosos lugares de defensa.

Terminados los trabajos de circunvalación, concluidos todos los aprestos, el sitio quedó formalmente establecido, comenzando los combates parciales; pero sin entablarse un ataque general que no entraba en el plan del jefe sitiador. Su intento era permanecer allí hasta agotar los recursos de la plaza, ahorrando de este modo, hasta donde fuera posible, el derramamiento de sangre y aprovechando los descuidos del enemigo.

Pero el jefe sitiado D. Severo del Castillo era un General experto y valiente; además contaba con soldados bien disciplinados. No era pues de esperarse que flaqueara en la defensa, y en consecuencia, deberían necesitarse terribles y múltiples combates para poseionarse de la ciudad: así acaeció en efecto.

Las acciones parciales comenzaron á empeñarse cada día con más valor y encarnizamiento.

Ya los sitiados hacían salidas al campamento enemigo, desconcertándolo algunas veces y regresando con armas y prisioneros: ya los sitiadores avanzaban á pecho descubierto sobre las fortificaciones enemigas, llegando algunas ocasiones hasta cojer los saquillos á tie-

rra que las guarnecían y salvar los fosos, para volver después paso á paso dejando tras de sí, los inanimados cadáveres de sus compañeros.

El ruido de la fusilería y el estampido del cañón, no cesaban un solo momento.

La metralla zumbaba por todas partes haciendo horribles estragos.

La barra del oculto zapador, se dejaba escuchar en medio del silencio de la noche, abriendo fosos ó derribando trincheras.

El sonido del clarín, tocando á fuego, se mezclaba á los lastimeros quejidos de los heridos abandonados al pie de los fosos, á los hurras de triunfo ó á las imprecações de cólera.

En las desiertas calles veíanse montones de humeantes escombros y desnudos cadáveres que, insepultos, servían de pasto á los hambrientos perros.

Cubriendo este horroroso cuadro, como un negro sudario, flotaban en la atmósfera densas nubes del humo del combate.

Veintidos días habían pasado desde que el cerco se estableciera, y los sitiadores habían avanzado muy poco. Los valientes defensores de la plaza permanecían firmes en sus puestos, aunque mermados por el cañón y la enfermedad. Pero ya asomaba un enemigo más poderoso que el que los atacaba: "el hambre."

La escasez de recursos se hacía notar cada día con más intensidad. Ya los defensores de la plaza no reci-

bían íntegro su sueldo y la desmoralización empezaba á apoderarse de ellos.

Entonces el clero, que á todo trance quería mantener aquella situación, mandó fundir y acuñar los candelábricos, ciriales y lámparas de la Catedral y entregó al General Castillo una gruesa suma, que fué inmediatamente repartida entre los soldados; pero el recurso fué efímero. Bien pronto se vió que si las tropas recibían su haber, no tenían en que gastarlo; no podían cubrir con él sus necesidades, porque los artículos de indispensable consumo se habían agotado: no había pan ni carne, y cuando alguno de estos alimentos se podía conseguir, era de malísima calidad y á precios fabulosos.

Entonces comenzó una situación espantosa para los desdichados habitantes que habían quedado fortines adentro.

El hambre y la enfermedad, su horrible compañera, cernían sus negras alas sobre ellos.

Si al lector le place, sigamos al interior de una de las casas de la ciudad, donde podrá ver un fiel trasunto de lo que en cada hogar sucedía.

III.

La escena pasa en una reducida habitación situada en el alegre barrio del Cármen. Los actores son una mujer de edad poco avanzada pero consumida y demacrada por la enfermedad, que ocupa una cama, en un

rincón del cuarto, y una hermosa joven que, pálida y triste, está sentada frente de ella. La hora, las diez de la noche del día 2 de Octubre de 1860.

La manzana en que estaba situada la habitación de que hablamos, era una de aquellas que, como otras muchas, pertenecía en parte al recinto fortificado, y el resto quedaba fuera de él por estar situado el fortín á la mitad de la cuadra.

—Luz, querida hija mía,—decía la enferma á la joven;—no es la miseria la que me aflige, ni mucho menos la dolencia que hace tiempo me agobia. Lo que me atormenta sin permitirme ni aun conciliar completamente el sueño, es la idea de que tu hermano Enrique perezca en esta maldita guerra y tú quedes sola y abandonada.

—No pienses en eso, madre,—respondió la joven;—no parece sino que te complaces en atormentarme. Dios cuidará de mi hermano Enrique como ha cuidado hasta aquí.

—¡Ojalá y así sea!—murmuró la enferma lanzando un suspiro.

Volvió á reinar profundo silencio en el cuarto, hasta que fué interrumpido por el ruido de unos pasos que se oyeron en el patio de la casa. Poco después un joven como de veinticuatro años, vestido con el traje militar, entró al lugar donde se hallaban las dos mujeres: dirigióse rápidamente al lecho en que estaba la enferma, y estrechando con cariño su descarnada mano, dijo:

dificultades, estas proviciones: vé cómo haces porque el sitio se prolonga.....

En seguida se despidió de su hermana y de la enferma, marchándose precipitadamente adonde el deber lo llamaba.

Como hemos visto, el joven militar era el hijo único de la desdichada enferma y hermano de Luz.

Había abrazado la carrera militar, por afición, sin cuidarse del partido á quien sirviera. No combatía por las ideas; se había afiliado al partido conservador, porque su padre había también pertenecido á él, pero sin que su corazón ni su inteligencia hubieran tomado parte en aquella elección.

Hijo excelente y honrado en grado sumo, sostenía aunque con mil estrecheces á su familia, desde hacía mucho tiempo, pues su padre había muerto siendo él muy joven.

Pocos momentos después que Enrique se separó de las dos mujeres, se oyó muy cerca de la pieza que éstas ocupaban un sordo ruido semejante al que producen algunas barras golpeando la pared; poco á poco el ruido parecía más cercano, haciendo temblar las paredes y hasta los muebles del cuarto.

Al mismo tiempo, las frecuentes detonaciones de los fusiles y las granadas que estallaban allí cerca, indicaban que se daba quizá un asalto al Cármen ó á un fortín inmediato.

Luz y su angustiada madre oían el ruido producido por los barretazos, con terror creciente. La enferma

—¿Cómo estás, madre? ¿has conseguido dormir?

—Sí, Enrique,—contestó la madre;—he logrado dormir algunos minutos, pero mi sueño ha sido interrumpido por horribles fantasmas. Te he visto rodeado por cien enemigos que te herían sin piedad... después caíste bañado en un lago de sangre... ¡Maldita sea la guerra en que cual tigres feroces se desgarran entre sí los hermanos!

¿Por qué has tomado parte en ella? ¿por qué no te separas y vienes á quedarte con nosotras? Tu presencia sería para mí la mejor medicina. Si mueres, ¿qué haremos sin tí que eres nuestro único sostén? ¿cómo quedará tu hermana Luz?

—¡Bah!—respondió el joven, afectando una serenidad que en aquellos momentos no tenía;—desecha, querida madre, esas lúgubres ideas; las balas enemigas no me alcanzarán porque estoy muy alto (Enrique había pedido para estar cerca de su familia, pertenecer á la guarnición que defendía la altura del Cármen.) Por lo demás separarme en estos momentos sería arrojar indeleble mancha sobre mi nombre. ¿Sabes, madre mía, lo que es un militar que se separa frente al enemigo? ¡es un cobarde!

La infeliz madre no replicó. El joven se dirigió luego á su hermana Luz y le dijo casi en secreto, de modo que su madre no le oyese:

—Hace dos días que carecemos de haber; con lo poco que tenía ahorrado, he podido conseguir, con mil

quiso levantarse de la cama para huír con su hija; pero le faltaron las fuerzas.

Derepente, después de repetidos golpes, cayó con sordo estrépito un lienzo de la pared del cuarto, precipitándose por aquella entrada un grupo de los sitiadores que habían practicado aquella horadación para penetrar por allí á la plazuela del Cármen, al mismo tiempo que se daba el ataque al convento.

El capitán que había mandado practicar la horadación, se detuvo un momento sorprendido al ver, á la luz de la lámpara que allí ardía, á la madre de Luz que medio sentada en la cama, abrazaba á su hija como queriéndola ocultar de los que habían entrado. Cuando, fijándose más, se hubo cerciorado de la hermosura de la joven, cruzó por su cerebro una idea siniestra, y acercándose á la cama, rechazó con mano brutal á la enferma, arrancando de sus brazos á Luz que se desprendió lanzando desgarradores gritos.

De improviso, y cual si hubiera salido del seno de la tierra, otro oficial se arrojó interponiéndose entre el capitán y Luz, y levantando su espada, dijo al primero:

—¡Atras! capitán; si la Ordenanza me manda que le obedezca y respete en los asuntos del servicio, la dignidad de hombre y los fueros de la humanidad que aquí quiere hollar cobardemente, me obligan á levantar mi espada contra vd. Si da un paso más, lo atraveso con ella!

—¡Lo veremos!—dijo el capitán arrojándose sable en mano contra el defensor de Luz.

El valiente oficial paró habilmente los golpes de su contrario, y aprovechando un momento oportuno, le hundió la espada hasta la guarnición, dejándolo muerto.

Terminado el combate que Luz y su madre habían presenciado horrorizadas, el oficial se dirigió á la joven diciéndole:

—Señorita, en este momento yo soy aquí el jefe superior pues era el teniente de la compañía: si como lo espero, quedamos dueños de la manzana, nada tienen ustedes que temer, pues cuidaré de ustedes como de mi propia familia hasta que mi presencia no sea necesaria.—Y se retiró saludando respetuosamente, mandando cubrir la brecha que allí habían abierto y sacar el cuerpo del capitán.

Como el teniente lo había previsto, la manzana no fué recuperada por los sitiados, aunque lo intentaron varias veces.

El noble oficial cumplió su palabra, cuidando leal y caballerosamente á las desdichadas mujeres, que veían en él un ángel salvador.

IV.

Enrique, entretanto, sufría los tormentos del infierno.

El imprevisto ataque que había dado por resultado la toma de la manzana en que vivían su madre y su hermana, lo había separado de éstas sin que le fuera dable saber la suerte que habían corrido.